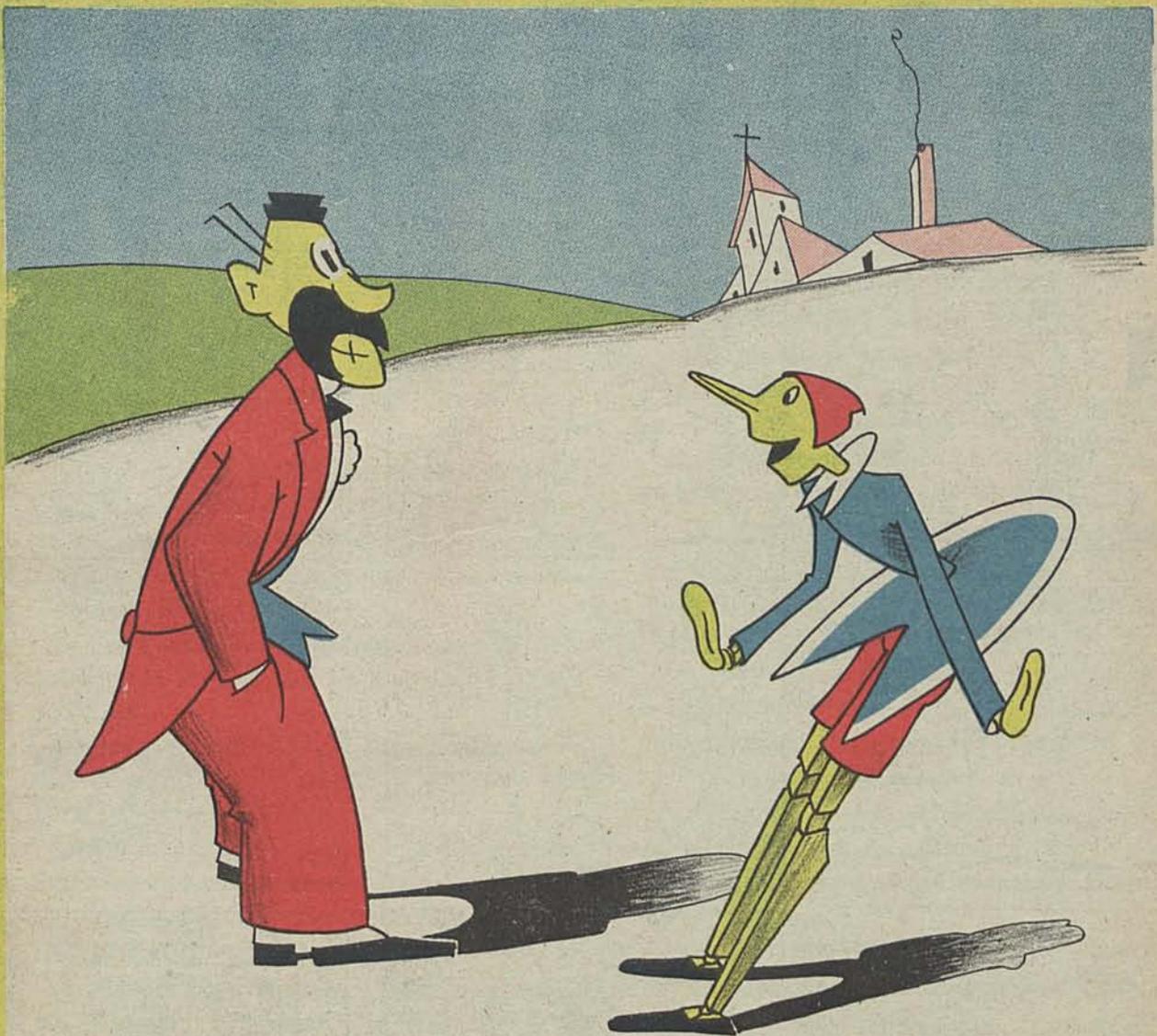


PINOCHO

AÑO VI
NUM. 304

25 cts

14 DICIEMBRE
1930



- ¡DON TURU; ME HAN DICHO QUE BEBE USTED MUCHO VINO!
- ¡ESO ES UNA CALUMNIA! ¡YO NO BEBO NADA MAS QUE AGUA.....!
- ¡AHH!
- ¡SI; NO BEBO NADA MAS QUE AGUAR...DIENTE!



(Continuación)

y láminas de cinc, y después de un corto examen dió un grito de alegría.

—¡No hay más que una, pero bastará!— dijo el *indian-agent* apareciendo.

Llevaba en la mano una lámpara sencillísima, cubierta por una especie de tubo o envoltura de fina tela metálica.

Era la famosa lámpara de seguridad de Davy, a quien millones y millones de mineros deben reconocimiento eterno, porque impide al grisú ponerse en contacto con la llama e incendiarse.

—¡Buen hallazgo!— dijo Jorge con un gesto de desprecio.

—¡No sabes tú lo útil que es esta lámpara, camarada!— dijo John con voz grave—. Sin ella, no podríamos salir de aquí. Ahora podemos avanzar tranquilamente, sin temor a una explosión espantosa.

—Pero ¿está llena?— preguntó Harris, que había oído hablar del alumbrado que usaban los mineros.

—Hasta los bordes; pero sólo la encendemos después, cuando se note la presencia del grisú. ¿Queréis seguirme?

—¡Un momento!— dijo el *gambusino*—. ¿Nos extraviaremos en las entrañas de la tierra?

—¿No he dicho yo que conozco la mina? He trabajado aquí dentro.

—Hubiera preferido seguir sobre mi caballo. No me gusta la oscuridad, y sé, además, que el oro no se encuentra en las profundidades de la tierra.

—Si no nos hubiera usted seguido, a estas horas le habrían matado los indios.

—Puede ser; pero sentiría haber salvado mi piel y la de esta muchacha para ser enterrados vivos en esta mina.

—Podías haber permanecido fuera del pozo —dijo John, impaciente— ¡Harris, Jorge, seguidme! ¡El que quiera permanecer aquí, que se quede!

Nube Roja miró a Minnehaha, que conservaba su impasibilidad, y en seguida se decidió a marchar detrás del gigante y los dos cazadores, llevando de la mano a su hija.

Atravesaron la plazoleta, en la cual convergían todas las galerías abiertas en la mina, y John se detuvo ante una que tenía dos metros de anchura por poco más de alto.

Metió en ella la mano en que tenía la mecha y se fijó en la llama.

—¡No, no hay aquí grisú!— dijo.

Un número 3 pintado en blanco se distinguía en lo alto de la armadura de entrada.

—¡Con tal que la gran fosa que los mineros llamaban «Mar Muerto» no esté llena de agua, me doy por contento! Si es así, pasaremos. ¡Adelante, amigos; vamos por buen camino!

Se pusieron en marcha uno detrás de otro, porque interceptaban el camino grandes bloques de carbón, así como varias carretillas, y sin separar las manos de la pared.

Algún grave siniestro debió de haber acaecido allí mucho tiempo antes, porque de trecho en trecho se notaban grandes averías en la armadura.

Probablemente, el grisú había hecho una de las suyas, por imprudencia de algún minero.

John, que estaba atento a todo, debió de notar algo extraño, pues acortó los pasos, deteniéndose además de vez en cuando para alzar la llama; pero ésta permanecía fija y sin cambiar de color.

—Y bien—preguntó Harris al notar que John parecía inquieto—; ¿te preocupa todavía el grisú?

—Sí, camarada. Temo a ese elemento, que nos quema, nos asa y nos destruye.

—Pues enciende la lámpara.

—El camino que debemos recorrer es largo, y no tiene aceite más que para cinco horas a lo sumo. Ya nos serviremos de ella cuando tengamos enfrente al maldito gas.

En aquel instante comenzó a oírse un ruido lejano, que iba propagándose poco a poco por las entrañas de la tierra.

—¿Qué es eso?—preguntaron, alarmados, los cazadores, mientras Minnehaha se estrechaba contra su padre.

—Debe de ser un trueno—contestó John después de vacilar un instante—. Ya sabéis que esta es la estación de los huracanes.

—Parecía como si se hubiera hundido algo—dijo Harris.

—¿No os inquieta ese ruido?—preguntó Jorge.

—Sí y no. En lo que pienso siempre es en el «Mar Muerto».

—¿Estará lleno?

—No lo sé. Veremos más tarde. ¡Adelante ahora!

—¿Está muy lejos?

—Espero que lo veremos dentro de pocas horas. Entretanto, no quitéis la vista de la lámpara, y avisadme si se alarga la llama.

Siguieron caminando cada vez con más dificultad por entre aquellos montones de carbón.

Habrían recorrido quinientos o seiscientos pasos más, cuando John encontró suspendida de una escarpia clavada en la pared otra lámpara de seguridad, que conservaba aún buena provisión de aceite.

—¡Otra fortuna que nos sale al encuentro!—dijo.

—¡A tiempo viene!—añadió Harris.

—¿Por qué?

—¡Repara, repara! ¡La llama de la mecha se torna azulada!

—¡Demonio!

El gigante se echó a tierra, encendió la lámpara, y apagó la mecha en un gran charco de agua que tenía al lado.

—¡Si lo decís un momento después...!

John, que había encendido la lámpara medio llena con el fin de conservar la otra para mejores ocasiones, se aseguró de que la cubierta metálica estaba intacta.

—¿Estás seguro—preguntó a Harris—de haber visto oscilar la luz y cambiar de color?

—Sí, John.

—Yo lo he visto también—añadió Jorge.

—Ya os dije antes que tenía la certeza de que nos saliera al encuentro el maldito grisú. ¡Qué fortuna que hayamos encontrado estas dos lámparas! Sin ellas, hubiéramos provocado una explosión, y habríamos volado en pedazos.

—¡Prefiero la ancha pradera, aunque vengan siguiéndome los indios!—dijo Jorge—. ¡Me moriría antes de un mes si tuviera que habitar en estos antros tenebrosos!

—¡Y bien!—ordenó John—. ¡Adelante!

La galería comenzaba a descender rápidamente.

A derecha e izquierda se abrían de vez en cuando antros tenebrosos, en cuyas profundidades se oían como mugidos de torréntes.

Los truenos continuaban repercutiendo en la extensa mina y propagándose de galería en galería con marcada velocidad.

Parecía que en la superficie de la tierra se desarrollaba en aquellos momentos un horrible huracán.

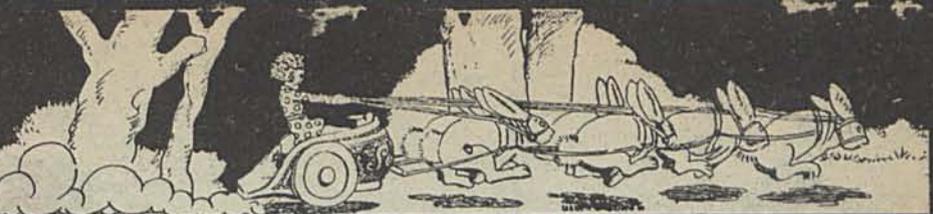
Los cuatro hombres y Minnehaha hicieron otro recorrido de unos seiscientos metros, y advirtieron que en la galería, hasta entonces perfectamente seca, comenzaba a reinar una humedad pegajosa.

A través de los carcomidos palos de la armadura caían de la bóveda gotas cada vez más abundantes.

Por las paredes descendían también gruesos lagrimones, y al caer unas y otros al suelo

(Continuará en el próximo número.)

ANITA BUEN- CORAZON



Reg. U. S. Pat. Off.; Copyright, 1931, by The Chicago Tribune.



UN VIAJE POR EL VOLGA

Los intrépidos e inquietos excursionistas de la familia pinochista no paran un momento.

En su afán de ver todo cuanto en el mundo hay de interesante, que es mucho, no descansan; se tragan las distancias, dan saltos formidables. Para ellos el mundo es un pequeñísimo pañuelo. Ir de Moscou, la nueva capital rusa, a Nueva York, la gran metrópoli de los rascacielos, es como ir en Madrid, de la Puerta del Sol a la Cibeles.

Y este sorprendente milagro pueden realizarlo gracias al rápido y seguro aerobús que la ciencia profunda de don Turulato, ayudado por su secretario Currinche, descubrió y puso a disposición de los viajeros.

Hicieron, como recordaréis, la última excursión, al canal de Panamá, donde admiraron la maravillosa obra de ingeniería de sus esclavas y hoy ¿dónde os parece que están? Pues nada menos que surcando las aguas del caudaloso Volga, el río más largo de Europa. Esa serpiente de agua que apoya su cabeza de cien bocas en los deltas de Astrakañ, en el mar Caspio, y agita la extremidad de su cola a tres mil cuatrocientos kilómetros de distancia, allá por las proximidades de la que fué capital de Rusia con el nombre de San Petersburgo, y más tarde, Petrogrado, y luego, perdida ya su jerarquía de capitalidad se llamó Leningrado, nombre que aún conserva.

Es, como siempre, el sabio buho el que tiene que hablar, y es que este animalito tan culto y tan charlatán, es para los miembros de la familia pinochista como un libro abierto, en cada una de cuyas páginas encuentran todos un tema ameno y distinto y en el que poco a poco van leyendo la enciclopedia de la vida.

Oigamos lo que charla el buho, con la misma atención que lo hacen todos sus compañeros de viaje. Es decir, todos no, porque a Tin y Ton los han encerrado en un barril de sardinas arenques para evitar que, como tiene por costumbre, les interrumpa la conferencia.

Para conocer bien Rusia—, dice el buho—, es preciso recorrer de cabo a rabo todo el curso del Volga. Este río, tan tradicional y tan cantado en las leyendas rusas, es navegable a poca distancia de su nacimiento, gracias a los muchos afluentes que van a tributarle las aguas. Esta magnífica condición permite ir en canoa automóvil o en otro medio de navegación, de escaso tonelaje, desde el mar Báltico, que como sabéis está al Noroeste de Rusia, hasta el mar Caspio, que está al Sur. O sea que a fuerza de tiempo, paciencia y mucha gasolina, puede cruzarse en diagonal el inmenso territorio ruso.

—¿Pero es que el Volga está unido al Báltico?—preguntó oportunamente el curiosísimo Chonón.

—Efectivamente lo está—contestó el buho.

—¡Naturalmente, hombre!—intervino el Capitán Corretón como si él supiera por donde estaba unido.

—Si lo sabe el Capitán—dijo don Turulato—que lo diga. A ver, que lo diga.

—No recuerdo en este momento—habló por hablar algo Corretón—cómo está unido pero yo sé que está unido de algún modo.

—¡Que se afeite esas barbas y que se calle!—gritaron todos

—Por medio de unos canales—, dijo el buho—se enlaza el Volga con el Neva y este por curso natural va al Báltico.

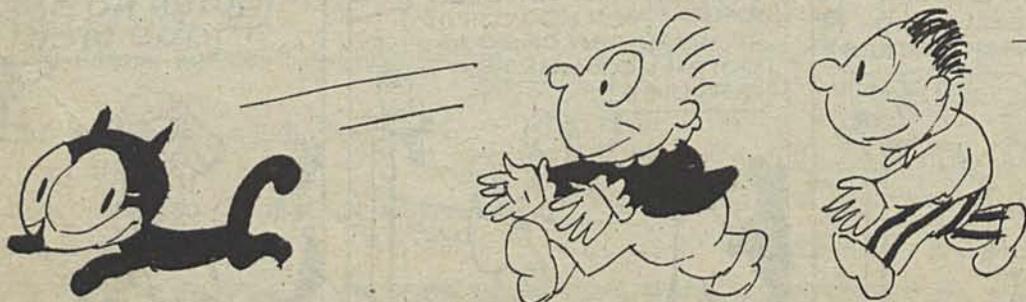
—¡Naturalmente, hombre! Eso es lo que yo quería decir—arguyó Corretón—pero como no me habéis dejado hablar...

—¡Que lo encierren en el barril con Tin y Ton!—propuso Tecla enarbolando una zanahoria y dándole a Corretón con ella en la cabeza.

—Vamos a callar, señores, que esto parece una bronca de la calle de Ministriles—protestó el buho al ver que así interrumpían su charla.

—Es que yo tenía razón—gritó el Capitán llevándose la mano al promontorio que le levantó la zanahoria en la cabeza.

—Bueno, hombre, para usted la perra gorda—le dijeron todos—. ¡Que se calle o que se vaya!





Corretón cogió una perra gorda que le echaron y se la puso sobre el chichón bien apretadita con un pañuelo.

Hecho el silencio, sin más incidente que la trascendencia económica de la pérdida de los diez céntimos (se desprendió de ellos Anita Buen Corazón) continuó el buho su charla.

El Volga, antes de la revolución rusa que tanto ha hecho cambiar las costumbres y la fisonomía de esta nación, era el río más surcado por navios de todas clases, formas y dimensiones. En sus márgenes hay una enorme cantidad de riquezas. Mañeras de construcción, cueros, pieles, granos, lana, frutas, legumbres, productos derivados de la leche, carnes, etcétera, etc., y en sus aguas abundan ricos pescados que suministran el famoso caviar tan apreciado por su exquisito sabor. Remontaban su curso grandes barcazas cargadas de algodón y tejidos de Persia, barcos tanques con sus bodegas repletas de petróleo de los famosos pozos de Baku.

En este momento de la charla se hallaba el buho cuando Currinche incorporado al borde de la barquilla del aerobús gritó con toda la fuerza de sus pulmones, señalando al río: ¡Un barco! ¡Un barco!

Todos los excursionistas se asomaron y vieron, en efecto, algo que si no era precisamente un barco, navegaba remolcado por un vaporcito de ruedas.

El buho enfiló los prismáticos hacia lo que acababan de descubrir y dijo a sus compañeros: Eso que véis es una de las

grandes balsas que utilizan los viajeros del Volga. Es un verdadero mundo flotante.

Con los gemelos se distinguía perfectamente la balsa y cuanto sobre ella navegaba.

Era un enorme pontón hecho con gruesos troncos de árboles y que medía unos doscientos metros de largo por unos setenta de ancho. En su centro tenía una casita de madera rodeada de un pequeño jardín y otra tierra con plantación de huerta.

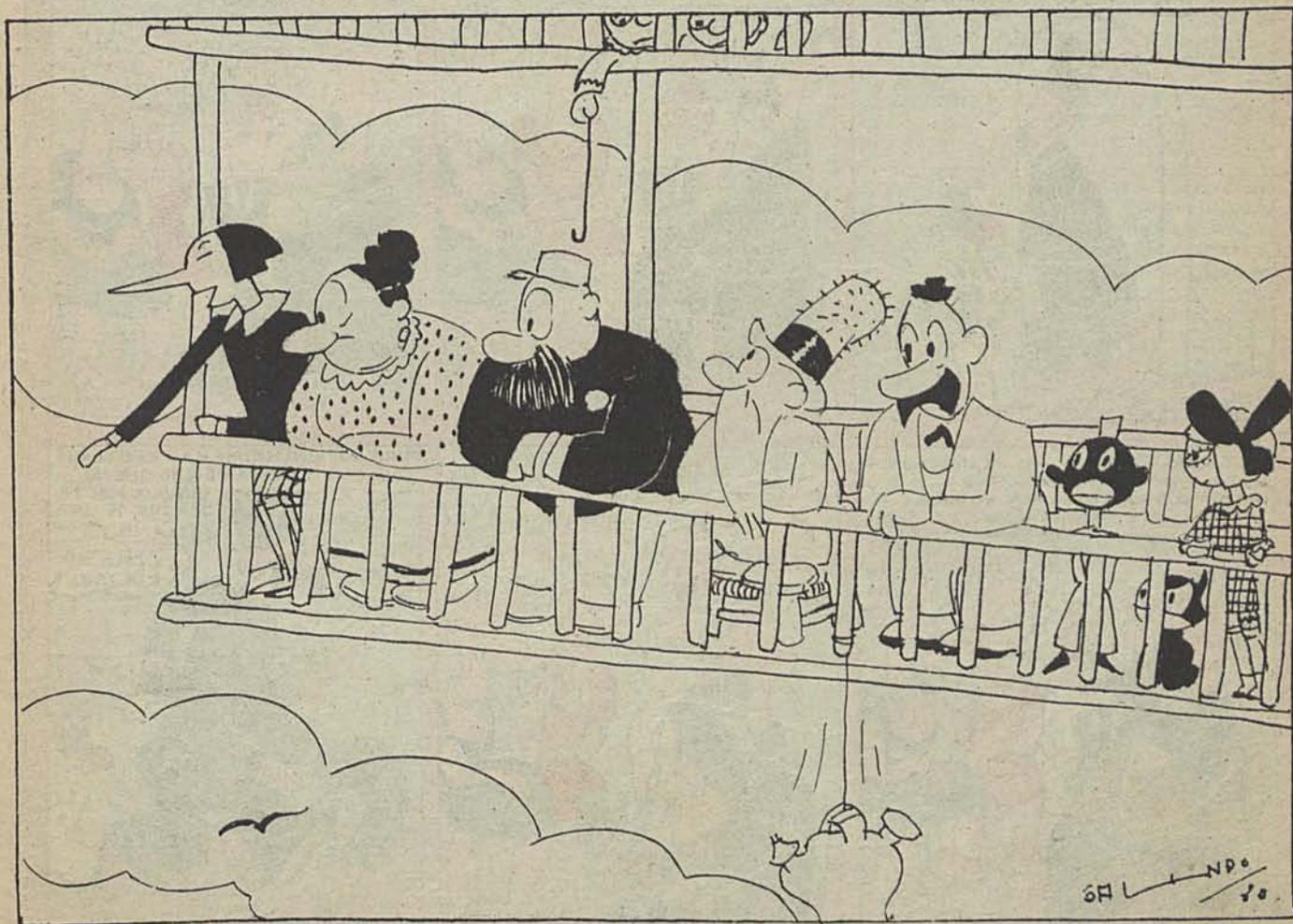
Esto llamó mucho la atención de los excursionistas y el buho explicó la causa de tal curiosidad diciéndoles: Esa casa es la vivienda del batelero y enfermería a la vez para el pasaje, pues como la travesía dura varias semanas es muy frecuente la necesidad de hacer uso de asistencia facultativa.

Sobre el pontón se veía una abigarrada multitud ataviada con trajes de los más vivos y variados colores. Era aquella una verdadera mesa revuelta de razas. Veíanse chinos, vestidos a la rusa, eslavos, circasianos, cosacos, armenios, rumanos con sus troupes de osos y monos amaestrados; ziganos con sus instrumentos de música, y, (caso curioso) algunos rusos llevando en brazos cerditos casi recién nacidos y alimentándolos con biberón.

Como la marcha del aerobús era bastante rápida, bien pronto se perdió de vista aquella cosmópolis flotante.

¡A comer! ¡A comer!—gritó Tecla agitando un almirez.

Y todos se sentaron a la mesa mientras la aeronave se perdía por un mar de nubes que cubría las inmensas estepas rusas.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ESTOY INVITADO AL BAILE DE LAS DE REPULLO Y SI FALTASE SERÍA UNA FALTA INCORRECTÍSIMA. HOY NO CUENTES, PUES, CONMIGO

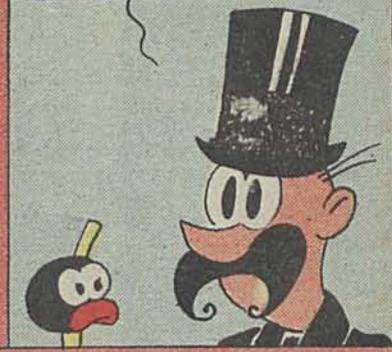
PERO SUPONGO QUE ME INDEMNIZARÁN CON PIRULISES Y TORRAITOS



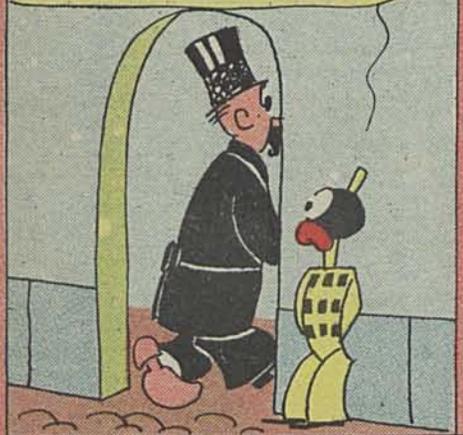
USTED DISPENSE SI ME METO EN LO QUE NO ME IMPORTA, PERO LA VERDAD... ¡ESE TRAJECITO PARA UN BAILE!.....



PUES TE HAS COLADO, MORENO; PRECISAMENTE NO HE LLEVADO TRAJE MÁS SOLEMNÍSIMO EN MI VIDA. LO ESTREÑÉ EN EL ENTIERRO DE MITIA DOÑA FERMENTACIÓN, Y EL ACOMPAÑAMIENTO ME TRIBUTÓ UNA DESCARGA CERRADA DE APLAUSOS



BUENO; AQUÍ LE ESPERO. EN CUANTO SE BAILE USTED DOS CHOTISES Y UN FOXTROTE SALE CORRIENDO PARA COMPRARME LOS PIRULISES



CARAMBA, CARAMBA, CON DON TURU ¿Y QUIEN SE LE HA MUERTO A USTED?

PUES VEREIS USTEDES....



MI SEÑORA TÍA DOÑA FERMENTACIÓN SE COMIÓ LOS ALBARICOQUES CON HUESO Y UN DÍA ¡ZAS! SE LE ATRAGANTÓ UNO Y SE AHOGÓ



YO CADA VEZ QUE ME ACUERDO EMPIEZO A HACER PUCHERITOS Y ME ESTOY LLORANDO UNA SEMANA JUSTA ¡AY, AY, AY, AY,...



MIRA CURRINCHE. ME HAN REGALADO TODO ESTO Y ME HAN DICHO QUE NO VUELVA HASTA DENTRO DE UNA SEMANA





COLORÍN y su PANDILLA



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1946 by The Chicago Tribune
BRANNER



CUENTOS DE CALLEJA

Cashillo

¿ESTOY DESPIERTO?



¡Yo fuera Rey—decía el joven Ali, sentado a la orilla del río—, de fijo que arreglaba mi barrio. Por de pronto, le mandaba soltar cien vergajazos bien pegados al guardia municipal de este distrito, y otros tantos a sus cuatro amigos el babuchero Aliatar, el comerciante Gazul y los dos hermanos Abenamares, que traen revuelto el barrio a cuentos y chismes, pero no caerá esa breva, y me tendré que fastidiar.

Acercóse al joven Ali un anciano que le dijo:

—He oído, involuntariamente, lo que usted decía: ¿qué le han hecho esos cinco individuos para quererlos apalear de esa manera?

—Pues verá usted: el de las babuchas las vende tan malas, que se descosen antes de salir de la tienda, pero siempre después de haberlas pagado; el comerciante me vendió un traje azul que a las dos horas de llevarle puesto se me quedó blanco, de manera que parecía que iba en paños menores; y los hermanos Abenamares son unos perdidos que andan siempre borrachos por las calles, insultando a todo el mundo y dando coces al que se descuida. Pero el peor de todos es el guardia municipal, que protege a esos bribones, y que nunca llega a tiempo para cumplir con su deber.

—¿De modo—dijo el viejo—que si usted fuera Rey unas horas, dejaba usted este barrio como una balsa de aceite?

—Indudablemente.

—Pues entonces beba usted lo que contiene este frasco, y verá realizados sus deseos.

El joven bebió lo que el anciano le ofrecía, y se quedó dormido.

Entonces el viejo, que era el Rey en persona, llamó a un criado suyo que estaba allí cerca, y ordenándole que cargara con el cuerpo de Ali, se encaminó a palacio, donde penetró por una puerta reservada. Ali ordenó a todos los grandes dignatarios de su corte que cuando al día siguiente despertara aquel joven que estaba acostado en su propio lecho, le

tributaran toda clase de homenajes, y que le obedecieran puntualmente en cuanto mandara.

A la mañana siguiente, al despertar Ali y verse en la alcoba real, creyó que estaba soñando.

—Debo estar borracho como una cuba. ¿Pues no se me figura que estoy en una cama dorada en lugar de mi catre de tijera? Hasta se me había figurado que la cal de las paredes se había convertido en espejos.

—Señor—dijo el mayordomo—, ésta es la hora en que ayer me dijo vuestra majestad que le despertase.

Ali miró a todos lados para ver a quién hablaba el mayordomo; y viendo que era a él, quedó asombrado.

—Pero ¿cómo he podido decirte ayer a qué hora quería levantarme hoy, si no te he visto en mi vida?

—Señor, vuestra majestad se chancea. ¿Quiere que pase ya la corte a presenciar el dulce despertar de vuestra majestad?

—Por mí, que pase—respondió Ali.

Entró la corte, que permaneció silenciosa cerca de la cama.

—¿No le dáis a besar vuestra egregia mano?—repitió el mayordomo.

—Por mí, que la besen, que bien limpia la tengo—exclamó Ali, pensando todavía que soñaba.

Todos los circunstantes besaron la mano del joven.

—¿Queréis que toque la música?—insistió el mayordomo.

—Por mí, que toquen.

Una orquesta comenzó a tocar *Las habas verdes*, mientras el joven se vestía el magnífico traje que le tenían preparado. Cuando estuvo vestido y vió que era realidad lo que tomaba por sueño, despidió a la corte, y quedándose solo con el mayordomo, le dijo:

—Hazme el favor de darme una bofetada.

—Y dos, si lo manda vuestra majestad.

—¡Basta con una con tal que sea buena, porque si me duele es señal de que estoy despierto!

El mayordomo le soltó una chuleta de las de barba de pavo, y Ali exclamó:



—¡Me ha escocido bastante; luego debo estar despierto!

Pasó al salón del trono, y allí comenzó a resolver los asuntos con muy buen sentido, y encarándose con el jefe de policía, le dijo:

—Vaya usted a la calle de tal, número tantos, y allí pregunte por el guardia municipal de aquel distrito, el babuchero Aliatar, Gazul el comerciante y los dos hermanos Abenamares. Cójalos, y después de darles cien vergajazos en las costillas, destiérrelos del barrio.

Así se hizo, y los revoltosos fueron castigados con toda severidad.

Después llamó al tesorero mayor de palacio, y le dijo:

—Coja usted veinte mil doblas y lléveselas a casa de un tal Ali, y se las entrega usted a su madre de mi parte, después de llevarla al palacio de los Naranjos, que le cedo en propiedad. Además, si él estuviera en su casa, tráigamelo usted inmediatamente.

El tesorero, después de llevar a la señora a tomar posesión de su palacio, la entregó la suma indicada. Cuando el tesorero le dijo que el obsequio era de parte del Rey, la pobre señora no sabía a qué causa podría obedecer aquel recuerdo de Su Majestad, y quiso ver al Monarca para darle las gracias.

Cuando llegó a palacio, Ali dió orden de que pasara su madre; pero se echó a temblar, porque decía:

—Si esta señora no me reconoce por hijo, entonces yo no sé quién soy.

Entró la buena señora, y apenas vió a su hijo vestido de Rey, primero quedó asombrada y como dudando; pero luego se lanzó a su cuello dando gritos de alegría.



—¡Hijo de mi alma, por fin han hecho justicia a tus méritos! Con la buena letra que tienes, no cabía duda de que habías de ser Rey o escribiente.

Soltó la carcajada la corte, y más que ninguno el verdadero Rey, que escuchaba tras una celosía. Ali comprendió que se trataba de una broma, y dijo a su madre:

—A pesar de mi buena letra soy tan Rey

como mi abuelo; y como no quiero que se burlen de mí, renuncio al trono de mentirijillas, y que estos caballeros se rían de la Osa Mayor, pero no del hijo de mi madre. Durante mi breve reinado de seis horas he hecho dar quinientos palos y veinte mil doblas. Aquéllos estaban bien dados, y las segundas bien cobradas: son mis honorarios por el tiempo en que he sido Rey:



no lo hago por menos dinero. Dejo por sucesor al que quiera que le tomen el pelo.

En esto apareció el Rey de veras, y acercándose al joven, le dijo:

—He quedado contento del modo como has ejercido el poder real. Bien está lo que has hecho, y tu clara inteligencia hace que yo te nombre mi consejero.

La corte celebró este desenlace, y el Rey ordenó que se guardara el relato en los archivos de palacio.

Lo que no dice la historia es si otro cualquiera en lugar de Ali hubiera procedido con tanta prudencia; yo conozco algún amiguito que hubiera pedido todos los juguetes de todos los bazares y se hubiera pasado jugando todo el tiempo de su reinado.

¿Verdad, picarillos, que vosotros hubiérais pedido, por lo menos, una bicicleta?





CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

AL CLUB SOCIAL Y DEPORTIVO "PINOCHO" DE BUENOS AIRES.—A todos esos buenos y queridos amigos os envío un cariñosísimo saludo y mi más entusiasta enhorabuena por los recientes triunfos que vais obteniendo en el mundo de los deportes. Grande es vuestra adhesión que agradezco en todo cuanto vale, que es mucho, pero tan grande es la admiración y el cariño que os profesa vuestro incondicional y gran amigo, Pinocho. Ved el próximo número.

A TODOS LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA NACIONAL DE SANGARCÍA.—Os felicito con todo mi entusiasmo por vuestros magníficos trabajos, que son verdaderas obras de arte. Claro que en esta felicitación va incluido vuestro gran profesor, que tan bien sabe dirigir el arte de vuestras facultades. Todos, todos vuestros lindos dibujos se irán publicando en cuanto les llegue su turno. Contad con el gran afecto de vuestro amigo que os abraza fuertemente.

PILAR DE ROJAS.—La competencia es terrible, abrumadora, pero yo creo, linda Pilar, que puesto que tus soluciones son acertadas y el fallo del Consejo Pinochista, justiciero, verás conseguidos tus anhelos, que son los míos.

FRANCISCO MAYÁN.—No te impacientes, querido Paquito, que todo llega en el mundo. Tus dibujos son deliciosos y están en la cola. Quiero decir en la inmensa cola que espera turno.

MERCEDITAS REY.—¡Cuánto me duele, simpática Merceditas, que me digas que ya no soy para tí el que antes eral Borra de esa cabecita esas ideas equivocadas. Yo soy siempre el mismo, Pinocho, que guarda siempre para tí la admiración y el cariño de años atrás. Y lo mismo Currinche, y Chonón y Pirula, y Anita y..... todos, en fin, los de esta gran familia. Todos, todos, todos. Ahí va un fortísimo abrazo lleno de cariño.

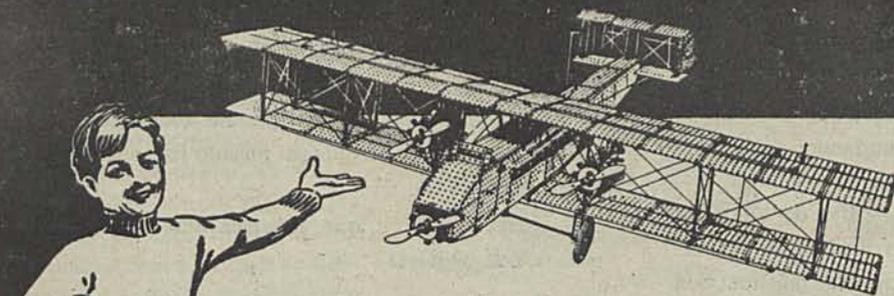
ÁNGELITA DOMÍNGUEZ.—Gracias mil por la bienvenida que das a Chufita y a Pericuelo. Ya verás cómo con ellos se pasa la vida al pelo. Muy bien, muy bien por tus dibujitos. Abrazos de Chufita, Pirula y de tu gran amigo.

ANGEL HERNANDO.—¡Qué lástima que hayas hecho a lápiz un dibujo tan sumamente bonito! ¿No sabes que no se pueden reproducir si no están hechos con tinta? ¡Qué lástima, simpático Angelito! Haz otros con tinta y envíamelos. Siempre tuyo.

ROSITA CALVO.—Sí señor; «de paseo» y por la calle de Alcalá, debías haber añadido. Me gusta el auto de un caballo porque es seguro, lento y casi casi no atropella a nadie. Irá a las columnas de mi periódico en cuanto le llegue su turno. Abrazos.

MARTÍN URÍA.—A Currinche ha habido que darle un antiespasmódico para que se le pasase el ataque de risa de que le has hecho víctima con tu resaladísima historieta. Se publicará, sí señor. Tuyo gran amigo.

Pinocho



INSISTA QUE SU EQUIPO LLEVE LA MARCA MECCANO

628 Modelos funcionando todos, contruidos con un Equipo Meccano No. 2

¿ Quien pudiera tener tantos juguetes como el MeccanInfo? Es un verdadero ingeniero—su cuarto de recreo es un taller de ingeniería. Cuando desea una Carretilla, Grúa, Puente, Auto ó Locomotora, las construye con las Tiras, Poleas, Viguetas y demás piezas contenidas en su Equipo Meccano. Puede montar todos cuantos modelos desee, pues no tiene límite la posibilidad de Meccano.

Meccano es la verdadera ingeniería en miniatura, pues todas las piezas del sistema son miniatura de las que utilizan los verdaderos ingenieros. Todas ellas son de norma é intercambiables, permitiendo emplear las mismas piezas para la construcción de centenares de diferentes modelos pudiendo funcionar todos ellos.

Cercioraos de que le obsequial con un verdadero Equipo Meccano en estas próximas fiestas.

Equipos desde Ptas. 12.- hasta Ptas. 1590.- en los principales Bazares y Librerías

Gratuitamente a los jóvenes

Escriba hoy mismo á nuestro representante, quien tendrá sumo gusto en mandarle gratuitamente este precioso librito, con tal que le envíe las señas de tres de sus camaradas.

El librito contiene una profusión de ilustraciones de las espléndidas construcciones de ingeniería, que pueden montarse con Meccano.

MECCANO

Agente para España y Portugal:

JOSE PALOUZIE SERRA (Sección 15) Industria 226 BARCELONA

FABRICADO POR MECCANO LIMITED LIVERPOOL INGLATERRA

Ayuntamiento de Madrid

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE DICIEMBRE



Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Pelucho
Carlos Alegre



Un moro
María Gloria García



El otro amigo
Monchis Sordí



El hombre más simpático
Monchis Sordí



Mi papá
Teresita Antolínez



Un vigilante
Leis Tallada



Un petit Nain
Pascual del Amo



Lugareño
Andrésito R. de la Rosa



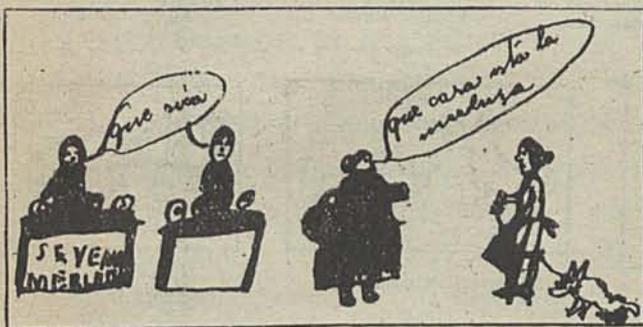
Apocalipsis.—Lucas Lizaur



Charles jones
Jesús Orcazarán



Paisaje.—Luz Riva



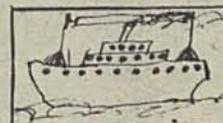
De la compra.— Teresita Antolínez



A pescar.—M. de Eizaguirre



Automóvil.—A. R. de la Rosa



Un barco
Vicente Codoñes



Un torero
A. R. de la Rosa



La Santa María
Alfonso Soto



Balandro de Morronguis
Alberto L. Arbones



Don Turu
C. Salvador



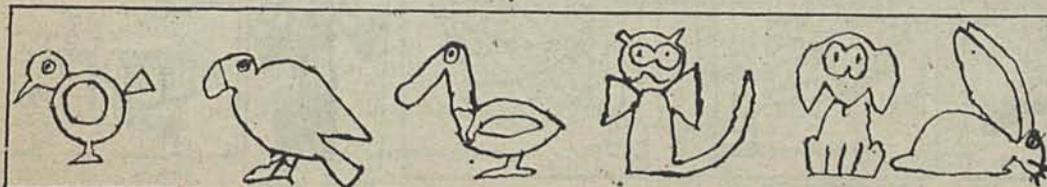
Currinche y don Turulato.— Teresita Antolínez



Pirula
C. Salvador



Moronguis enojato
Carlos Rubén



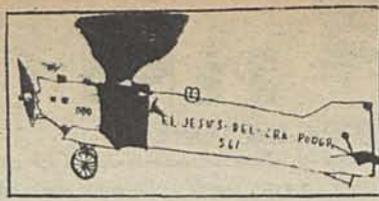
Seis animales bonitos.— Josefina O. Vilanova



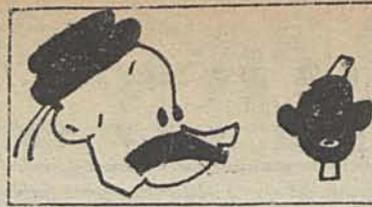
Un perro
María Martínez



Casa de Pinocho
Ramón E.



El Jesús del Gran Poder.—Salvador Pérez



Mis mejores amigos
Pascual del Amo



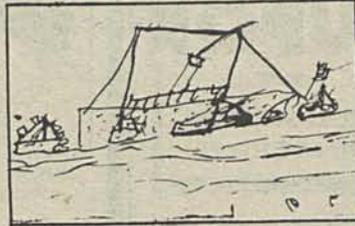
En alta mar.—T. Antolines



Un dandy
Ramón Babe



Mi gallo Federico
Andrésito R. de la Rosa



Entrada del Rey en España.— Ceterino



Iglesia
Lucas Lizaur



Mi amigo Chonón
Vicente García



Chonón
Pedro del Fresno



Marina
Jesús F. de Rosa



¡Qué tontal
Fifina Rodríguez



Mi jirafa
Matilde Rubio



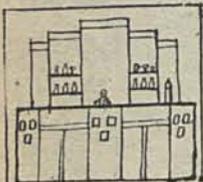
Casa de campo
M.ª Amparo Pérez



Mignon
Virginia Murillo



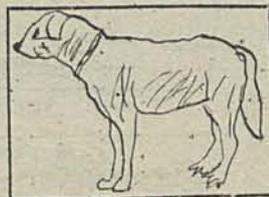
El Cardenal Cisneros
Alberto Rubio



Mi bar
Alfonsito Muñoz



Casa de mi pueblo
Luisa Marinero



Mi perro.—J. Palomar



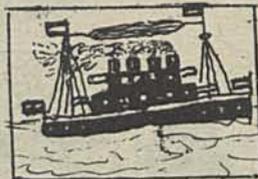
Mis perros.—Carlos Torán



Carro romano
Emilio Arriola



Un molino
Abelardo Rodríguez



Un trasatlántico
José López Juanes



Un barco.—Angel García



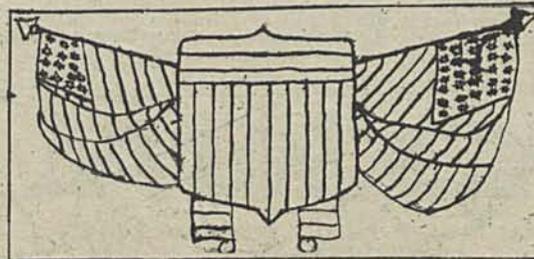
Vapor.—Angeles Rico



Un astrónomo
Guillermo Virallé



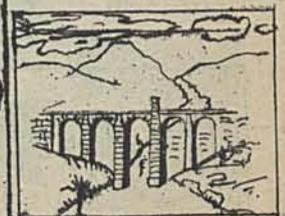
Pulgarcito.—José Moya



Escudo de los Estados Unidos.— Rafael Herrerías



El Sultán de Egipto
Tomás Pardo



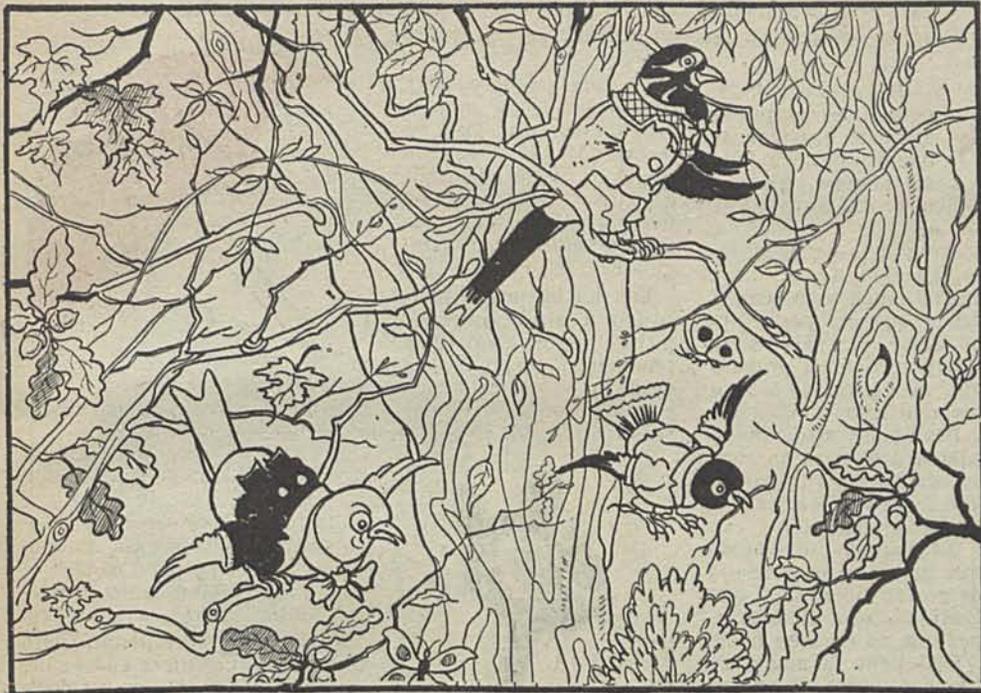
Puente de Alcántara
A. Andrés (de la Escuela de Sangarcía)

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE DICIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS PÁJAROS CANTORES



Había en un bosque muchos pájaros. Pero no todos los pájaros eran iguales. Unos cantaban y otros, no. Los primeros se pasaban la vida comiendo y piando. Los segundos, los que cantaban, pasaban su tiempo entonando lindas canciones. Llegó un momento en que la envidia de los que solo sabían decir pío, pío, provocó luchas enconadas y los que cantaban, que eran tres, decidieron esconderse donde no los viese nadie. Es decir, nadie no, porque vosotros, listisimos pinochistas, los encontraréis seguramente.

Pero no creais que ha sido víctima de ningún accidente terrible. Este canguro se ha visto en una ocasión frente a frente al negrísimo Currinche y le entró un ataque de risa tan formidable, que acabó desternillándose. Currinche pidió socorro y acudieron Tin y Ton..... Figuraos a Tin y a Ton frente a un canguro desternillado. Ni qué decir tiene que agravaron más la cuestión, pues revolvieron los pedazos y los dejaron en la forma que veis. Don Turu, Corretón, el Inspector, Tecla, Morronguis y demás miembros de la familia pinochista, no se atrevieron ni a tocar los pedazos. Verdaderamente la situación era terrible. Vosotros, queridos amigos pinochistas, que tantos alardes de paciencia y habilidad me tenéis dados, seguramente sabréis deshacer este horroroso entuerto y el despedazado canguro, tan pronto se vea reconstruido, os lo agradecerá con toda la fuerza de su rabo. (Ya sabéis que los canguros tienen una fuerza formidable en el rabo) Conque ánimo y a resucitar al pobrecito canguro.

EL CANGURO DESPEDAZADO



SECCIÓN PIRULA

Charlas de Pirula... tapicera

Béli fabrica almohadones y los rellena

Béli está desolada, pero no creáis que su disgusto proviene de que hayan despojado su nombre, que es

Isabelita (los nombres de las niñas suelen ser diminutivos) de tres sílabas, y lo han dejado reducido a dos.

No, por eso no, al contrario; está acostumbrada a que la llamen Béli desde hace mucho, muchísimo tiempo, desde que era pequeñita (lo menos hace seis o siete años) y como el primero que la llamó así fué su hermano Kiko, a quien ella le lleva año y medio por lo cual se considera un poco su mamá, pues le parece que Béli es el nombre más bonito del mundo.

Su disgusto proviene de que mamá se ha cansado de gastar dinero para que Béli fabrique almohadones que no cuesten nada.

Béli tiene la manía de fabricar cosas que salgan de balde; manía laudable si las hay y que la acredita

de excelente Pirulinda.

Y mientras Béli se limitaba a utilizar sus viejos vestidos de cretona para forrar cajas de cartón, y trozos de visillos rotos, para hacer tapetes de mesa, mamá estaba encantada de tener una hija tan económica y tan mañosa a la vez.

Pero ahora le ha dado a Béli por los almohadones y con los está llenando la casa. Tantos almohadones hay ya en todos los divanes y en todas las butacas, que no queda sitio para sentarse; y tantos almohadones hay para los pies, que tampoco queda sitio donde pisar y el recorrido del salón resulta más accidentado que una ascensión alpina.

Lo peor es lo que cuesta rellenar los almohadoncitos que suelen ser descomunales; con el dinero que lleva gastado mamá en rellenar los almohadones «de balde» fabricados por Béli, tenía para haber comprado una sillera de damasco. Y eso que, cansada ya de de comprar materiales más caros, se ha declinado a contentarse con lana, borra y hasta con serrín de corcho.

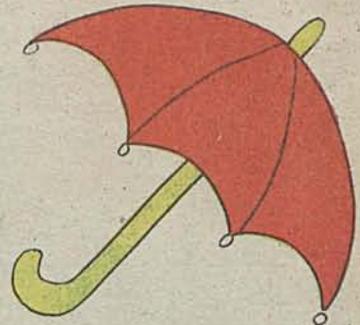
Y cuando Béli se disponía a emprender la confección de su mil y un almohadón, mamá ha declarado que no dará un céntimo para rellenarlo, tanto más cuanto que no sabe dónde lo va a colocar, pues como no lo cuelga del techo, no tiene sitio donde ponerlo.

¡Qué lástima! Precisamente es precioso este almohadón que Béli, a pesar de todo, ha terminado; está hecho con guantes viejos, pero... está hecho por Béli, y vosotras que la conocéis y sabéis lo mañosa que es, no dudaréis que ha realizado una

verdadera obra de arte y de paciencia. Ha utilizado para hacerlo todos los guantes viejos que ha podido reunir y son muchos, pues toda la familia se ha prestado de buen grado a obsequiarla a tan poco coste.

En cada guante de piel, negro, amarillo, blanco, gris o marrón, Béli ha recortado uno o varios trozos de forma geométrica, iguales todos; son todos cuadrados, pero lo mismo podían ser rectangulares o triangulares.

Los ha hilvanado unos junto a otros sobre un papel fuerte, cuadrado también; y luego los ha unido a punto de festón con un cordoncillo de color azul fuerte, que lo mismo podía ser de otro color vivo, rojo, verde, morado, naranja.



Y como ha llevado a cabo su labor con el esmero que en ella es habitual, el efecto del almohadón terminado resulta precioso y muy adecuado para el diván del despacho de papá, o para el suelo, en el recibimiento; lo mismo podría servir para automóvil.

Pero... está sin rellenar. Claro que si Béli insistiera es posible que mamá volviera de su decisión; pero Béli no insiste; tiene dignidad, y mamá ha picado su amor propio al decirle: «tus almohadones que no cuestan nada, me salen muy caros».

Y Béli necesita demostrar a mamá que sus almohadones son efectivamente de balde, fun-

da y relleno.

Así puede y va a ser en efecto.

El medio para ello está relacionado con las visitas semanales de Felisa.

Felisa es la costurera que tiene mamá para «arreglos»; cuando viene, mamá y ella se encierran en el cuarto de costura en la compañía de un talego lleno de trapos y de unas cuantas prendas y se dedican a alargar, acortar, adornar, transformar, fabricar una blusa para Kiko de una vieja camisa de papá, o un vestido para Béli de un antiguo abrigo de mamá.

Felisa deja, al marcharse un rastro consistente en recortes de tela ínfimos, tan ínfimos que no sirven más que para tirarlos a la basura.

Pues bien, esos recortes son los que desde ahora Béli recogerá y guardará preciosamente y cuando tenga un montón—que será pronto—tendrá un relleno de almohadón que no le habrá costado nada y podrá demostrar a mamá que sus almohadones son de balde... completamente.

Este relleno económico—que se fabrica fácilmente recortando unos trapos viejos en trocitos muy pequeños—es tan suave que durante la guerra europea se usaba mucho para los almohadones destinados a los heridos.

